

Desde el corazón del conflicto

Los tres textos que siguen están marcados por el hecho de que sus autores han tenido un contacto directo con quien sufrió en persona la violencia. Así, Kimberly Theidon reflexiona, a partir de su propia experiencia profesional, sobre la brecha entre el discurso de miembros de la élite política respecto del tema de la reconciliación y las prácticas de la reconciliación local que se han ido poniendo en práctica en las comunidades rurales ayacuchanas.

Luego, el periodista Luis Pariona reporta las opiniones y reacciones de diversos sectores de la región central (selva, Pasco y Junín) respecto del proceso de la CVR, y lo propio hace Diana Ávila, directora regional de Consejería en Proyectos, para Huánuco, Apurímac y Huancavelica.



Entre prójimos: Violencia y reconciliación en el Perú

Kimberly Theidon

El Perú no perdonará, jamás olvidará, y jamás perdonará aquello que sufrió y aquello que vivió.

Sr. Alan García, testimonio a la CVR, 12 de junio del 2003

El pueblo de Uchuraccay ha pedido perdón. Estamos andando en la reconciliación.

Sr. Justiniano Ccente Huamán, enero del 2003



Foto: Diario La República

Durante las últimas semanas, miembros de la élite política criolla han hecho cola para distanciarse de la palabra "reconciliación". Han sido múltiples y vociferantes las declaraciones de que "no hay reconciliación posible con los asesinos senderistas"¹, y de que "con SL no hay pacto, ni solución política ni reconciliación alguna"². El propio

Valentín Paniagua ha afirmado que él creó la Comisión de la Verdad, y punto³.

Así han agregado sus voces a las de los "sospechosos usuales" —miembros de las Fuerzas Armadas, representantes de la Iglesia católica conservadora y algunos empresarios interesados en la circulación restringida del

informe de la CVR y sus recomendaciones sobre los temas de la responsabilidad y de la reconciliación—.

Cuando escuché el testimonio de Alan García, me puse a pensar en quiénes constituyen "El Perú que jamás

¹ Kimberly Theidon es directora de Praxis, Instituto para la Justicia Social.



Foto: Vicaría de Ayaviri

perdonará". Qué postura lujosa, qué discurso fácil, qué falta de visión lamentable. Digo lujosa porque aquellos que viven en sus casonas en Miraflores, San Isidro y Barranco no tienen que confrontarse cada día con las secuelas de una guerra fratricida. No tienen que interactuar con vecinos que tomaron alianzas distintas —y frecuentemente letales— durante la guerra. Los soldados tampoco tocaron a sus puertas a medianoche, sacando a los hombres y haciendo cola para violar a las mujeres. Cuando la élite política criolla imagina la fraternidad que constituye "el Perú", estoy segura de que no aparece la cara de ningún campesino quechuahablante.

Recuerdo los debates durante el gobierno de transición. Las élites limeñas estaban más atentas a la corrupción que a

las violaciones de los derechos humanos: la corrupción tocó a gente de su misma clase social, mientras que la gran mayoría de los desaparecidos y muertos durante el conflicto armado interno no cruzaría jamás el umbral de sus casas, salvo para limpiarlas. Qué fácil decir "jamás" a la reconciliación, y qué irresponsabilidad enorme la de estos oficiales elegidos que deben proveer liderazgo durante esta coyuntura. Nos hace recordar que dentro de los factores letales del conflicto armado interno figuró no solamente la beligerancia de algunos sino también la apatía de la gran mayoría de los peruanos frente al dolor —y las demandas políticas— de otros peruanos.

La "micropolítica" de la reconciliación

Muchos estudios sobre los procesos de paz y reconcilia-

ción se quedan en el nivel macro. No niego la importancia de tales estudios. Empero, con frecuencia los procesos de paz, las "transiciones democráticas" y la reconciliación nacional son poco más que la reconfiguración de los pactos de gobernabilidad o dominación entre élites. Pensando en los ejemplos del Cono Sur, la "reconciliación nacional" consistió en reconstruir las relaciones entre las élites políticas y económicas, y entre estos sectores y las Fuerzas Armadas.

En el Perú, mientras que miembros de la élite política —y un creciente número de limeños, según los sondeos— dicen "nunca" a la reconciliación, las comunidades ayacuchanas con las cuales hemos trabajado han estado implementando una micropolítica de la reconciliación desde la década de los ochenta. Dadas

las exigencias de la vida cotidiana y la gobernabilidad en el nivel local, estos comuneros han movilizad las prácticas comunales de la justicia retributiva y restaurativa para reconstruir la convivencia. Sí hay reconciliación —convivencia— al nivel local donde muchos lamentan lo que han hecho "entre prójimos".

Desde setiembre del 2002, con el apoyo del proyecto Siembra Democracia del Instituto de Estudios Peruanos, he dirigido una investigación antropológica con 403 miembros de siete comunidades en el departamento de Ayacucho. En el estudio "Reconciliando el pasado, construyendo el presente: Violencia política y salud mental" nos hemos centrado en la psicología social de la violencia política y los procesos locales de la reconciliación. Guió nuestro trabajo de campo la convicción de que no podemos responder a las necesidades de los sobrevivientes de la violencia política si no conocemos las formas y lógicas locales de lazos sociales, sus transformaciones y las expresiones culturales del luto, la angustia, el dolor.

Una especificidad de los conflictos armados internos es que muy a menudo el enemigo fue un "enemigo íntimo" —un vecino, una nuera, un padrino, o la comunidad que está en frente—. Insisto en que el modelo de "estar entre dos

fuegos" no nos ayuda a entender la violencia que involucró a pueblos enteros. Parte del retrato psicológico de posguerra es la presencia de los perpetradores en la vida cotidiana, y el impacto de tal presencia en la recuperación individual y colectiva. El repertorio terapéutico en estas comunidades demuestra los vínculos estrechos entre la salud mental y los procesos —o falta de procesos— de la administración de la justicia y la micropolítica de la reconciliación.

En cualquier pueblo conviven ex senderistas, simpatizantes, licenciados, viudas, huérfanos: es un paisaje social volátil. Así, los miembros de estas comunidades manejan conceptos y prácticas de la reconciliación que incluyen ambas caras del legado judeocristiano: la caridad cristiana y la ira justa. Practican tanto la justicia retributiva cuanto la restaurativa, haciéndonos recordar que el "arreglo de cuentas" es tan bíblico como el "poner la otra mejilla". La retribución tiene un asidero moral fuerte en la gente, y es un paso central en el proceso de la reconciliación.

Perdón y reconciliación

En nuestras conversaciones han descrito los procesos de rehabilitación de los perpetradores. Pasos fundamentales en tal proceso incluyen la confesión, el pedir perdón, la

administración del castigo y la reparación que generalmente toma la forma de trabajar a favor de la comunidad que han dañado. Por la brevedad del artículo, me centro en dos conceptos clave: el perdón y la reconciliación.

Los campesinos nos han explicado la diferencia entre "perdón" y "reconciliación". El perpetrador —en estos casos los senderistas que se arrepintieron— tenía que pedir perdón frente a la comunidad en una asamblea comunal. Los comuneros presentes juzgarían si la disculpa vino "desde el corazón y no de la boca para afuera". El perdón también tiene que venir del corazón, de una persona frente a otra. Insistieron en que nadie puede forzar a una persona a perdonar al otro: es un estado, digamos, subjetivo.

En contraste, definen la reconciliación como la convivencia. Se trata de restaurar la sociabilidad y de restablecer la confianza necesaria no solamente para tolerar la presencia del otro sino también para poder cooperar con otros en proyectos colectivos. Es un estado social que responde a las exigencias de la vida cotidiana y a la noción de que después de arrepentirse la persona ya no es lo que era antes. Más bien, los arrepentidos son *musaq ru-nakuna* (gente nueva).

Vale rastrear la raíz latina de la palabra perdón —*per dona-*

re, o "dar"—. Pensamos en el texto clásico de Marcel Mauss sobre la función social del don. Los "dones" que intercambiamos establecen redes sociales, y también jerarquías y obligaciones. Ubico el perdón dentro de las relaciones de poder: el poder de la comunidad de perdonar al trasgresor no busca establecer iguales. La convivencia, no la igualdad, define el bien común.

La centralidad de la micropolítica de la reconciliación es indudable. Donde los comuneros han podido administrar la justicia retributiva —en la forma de castigos, penitencia y reparación— hay más posibilidad de vivir juntos nuevamente. En contraste, donde los procesos locales fueron obstaculizados por leyes que otorgaron amnistía, por ejemplo, la vida es más conflictiva, sufren más de los males vinculados con el estrés, y hay más alcoholismo. Hace medio siglo, Arendt sugirió que la retribución y el perdón rompen el ciclo de la venganza. Me parece que la administración de la justicia al nivel local ha permitido la reincorporación de los perpetradores, y el desarrollo de una convivencia que no sea atormentada por un pasado incansablemente presente.

Me gustaría terminar pensando en el discurso de la "mano dura" respecto de los senderistas y la reconciliación (parece que las élites políticas



Foto: Ernesto Jiménez

y económicas ya se han reconciliado con los "excesos y errores" de las fuerzas del orden). Tan extrema es esta posición que cuando una comisionada de la CVR refirió —con toda razón— a SL como un partido político, la masacraron en los medios de comunicación. Es un debate tan polarizado que el propio Salomón Lerner se sentía obligado a presentar una letanía de definiciones sobre el término *partido*.

¿Qué es el temor de aparecer "blando" frente a los senderistas? Por un lado, invocar la brutalidad de los senderistas

busca justificar los "excesos y errores" de las fuerzas del orden. Accomarca, Cayara, Pucayacu, Callqui: ¿qué podría justificar estos "excesos"? ¿Cómo diferenciar entre Guzmán y su "ejemplo de Lucanamarca" y los abusos de los agentes del Estado? Los dos son moralmente aborrecibles, y los autores intelectuales deben ser juzgados y castigados. En solamente uno de los casos mencionados, ya ocurrió.

Pero hay algo más atrás de este rechazo. Cuando miembros de la élite política dicen "nunca" a la reconciliación,

hay que pensar que sus manos duras están acompañadas por ojos fijados en las elecciones del 2006, y en el contexto de la Doctrina Bush y sus "guerras preventivas". Por supuesto, hay una audiencia interna por estas declaraciones, y es igualmente seguro que hay una audiencia externa con un plan militarizado por la región andina. Qué oportuno el "rebrote" de Sendero.

Insisto en no ser malentendida: ni las atrocidades de Sendero ni las de las Fuerzas Armadas eran justificables. Lo que sí estoy diciendo es que cuando hablamos de Sendero, estamos hablando de muchos peruanos que eran atraídos a su discurso y tenían

varios grados de compromiso con su agenda revolucionaria. ¿Quién era Sendero? Peruanos. Sugiero que mientras que no hay un espacio para hablar de por qué tantos peruanos marginalizados se entregaron a Sendero y, en algunos casos, seguían militantes aún bajo represión militar, hay una historia reprimida que va generando rencor en estos pueblos que sufrieron a manos de las Fuerzas Armadas. Hay una diferencia importante entre la derrota militar y la derrota ideológica: la segunda no se logra con armas, sino con transformaciones estructurales y diálogo. La reconciliación con el Estado es una tarea pendiente en esas comunida-

des arrasadas por las fuerzas del orden.

Termino notando que la "reconciliación nacional" está varios pasos atrás de los procesos que han elaborado en estas comunidades. "El Perú" que invocó el señor García tiene una responsabilidad de dialogar —una responsabilidad de pedir perdón por su indiferencia durante los años del conflicto armado interno—. Hay que reconocer el racismo y el menosprecio étnico que existe en esta sociedad, y reconciliar con compatriotas marginalizados. "El Perú" tiene la responsabilidad de tomar en cuenta la brutalidad ejercida por muchos peruanos contra otros peruanos, algunos en el nombre del Estado y otros en el nombre de derrotarlo. En las comunidades más golpeadas han buscado —y en algunas ya han encontrado— una manera de asesorar los grados de delito y el castigo que corresponde, de administrar la justicia y rehabilitar a sus compatriotas. Estos peruanos han tomado pasos para reconstruir la convivencia. Que los líderes sigan su ejemplo. ▲



Foto: John Riley/CVR

1 Alan García, *Correo*, Lima, 14 de agosto del 2003.

2 Lourdes Flores Nano, *La República*, Lima, 10 de agosto del 2003.

3 Valentín Paniagua, *La República*, Lima, 10 de agosto del 2003.